



LA VOZ DEL MAR

**3º Concurso Cuentos Repsol
2º Premio en Castellano**

Autora: Olga Suárez Fdez.

LEMA: ¿INDEPENDENCIA O AMOR?

Año 1990

La brisa marina le rozaba suavemente, le daba la bienvenida, le invadía con su frescura. Las olas rompían contra las rocas deshaciéndose en blanca espuma. Dos gaviotas jugaban en el cielo, canturreando una canción: por fin, por fin, por fin ...

Sus ojos eran fríos como el hielo; tan azules como el mar. Eran lo único que llamaba la atención en él. El resto de sus rasgos eran anodinos y se olvidaban con facilidad, pero sus ojos ...

Iba camino de su trabajo, como siempre. A las nueve en punto entraría por la puerta de la oficina y saldría a las dos. Realizaría con precisión sus quehaceres. Hablaría lo justo con su secretaria y sus compañeros, pero no diría nunca una palabra de más. Por la tarde, algo de deporte, leer los periódicos, trabajar un poco más y hasta el día siguiente.

Su vida era pura rutina. Llevaba mucho tiempo haciendo lo mismo. Repitiendo una y otra vez su horario. Siempre iba solo, andando. Le gustaba caminar, sentir el viento fresco a su alrededor y saberse libre.

Caminar... Sí. Aquel día iba caminando. Iba caminando a la salida del trabajo. Sintió ganas de contemplar el mar y desvió un poco su ruta para pasar por la playa. Las olas rompían furiosas, con fuerza y extendían su espuma sobre la arena. Se quedó parado, contemplando aquella escena como si fuese la primera vez que la veía. Por primera vez rompió su rutina y bajó hasta la playa. Se sentó en

una roca y descansó. Estaba fascinado. Nunca se habría podido imaginar que se quedaría embelesado mirando el mar. Siempre había pensado que todo eso eran sensiblerías y él no las necesitaba para nada.

Pero esta vez ... era distinto, completamente distinto. Sentía curiosidad por saber qué se escondía detrás de esas azules aguas. Sus ojos parecían todavía más azules cuando contemplaba el mar, y brillaban al igual que el sol brilla al reflejarse en el agua. “No pasará nada si vengo aquí de vez en cuando” — pensó—. Se levantó, dirigió una última mirada al mar y se fue:

— Volveré.

Se sorprendió al escuchar que estas palabras las había pronunciado él. No había nadie allí ¿Por qué hablaba, entonces?

La mañana siguiente fue, en apariencia, igual que todas las mañanas, pero el hombre estaba intranquilo. Tenía una cita por la tarde, una cita con aquella pequeña playa que había encontrado.

Por fin llegó la tarde. Todo era quietud, y el silencio sólo se rompía por el ruido de las olas. El estaba allí solo, solo con el mar. Al fin y al cabo él era un solitario, siempre lo sería. Le gustaba ser libre, independiente. Le gustaba no tener que preocuparse por los demás, no estar atado a nada. Sus ojos revelaban estos sentimientos. Eran fríos. Nunca buscaban ayuda, nunca expresaban nada de lo que él pensaba. Pero a pesar de todo él era feliz. No pedía

nada a nadie y tampoco quería que le reclamasen a él. Era feliz dentro de su caja de cristal, dentro de su rutina diaria.

El mar escuchaba sus pensamientos. Los escuchó ese día, y al día siguiente, y al otro. Los escuchó todos los días porque aquel hombre solitario volvía cada día a la playa, a disfrutar de la tranquilidad y a relajarse.

Le gustaban las puestas de sol. Despedirse del astro rey que desaparecía en el horizonte. El mar entonces se volvía de oro y el cielo tomaba un maravilloso tono rojizo.

Todo aquello le asombraba, le iba suavizando poco a poco pero su vida no cambiaba. La gente le seguía tachando de solitario y él lo sabía, pero no le importaba. Al fin y al cabo su vida era su vida, sólo le interesaba a él, era autosuficiente y no necesitaba depender de nadie excepto en sus relaciones laborales. Procuraba ser amable, pero solía helar a la gente con la mirada.

Volvía cada tarde a la playa y reflexionaba sobre todas estas cosas y descansaba y se relajaba y contemplaba la belleza de aquel maravilloso escenario.

Ya había pasado un mes desde el descubrimiento de la playa, y desde aquel día había vuelto a ese lugar muchas, muchas veces. Comenzó a pensar que había algo en todo ese asunto que no estaba bien, algo que no encajaba con sus planes. Le estaba cogiendo cariño a la playa y eso no entraba dentro de sus perspectivas. Sin darse cuenta había empezado a

depender de aquella calita. Por las mañanas, cuando se despertaba, todavía resonaba en sus oídos el ruido de las olas al batir contra las rocas. El olor del agua salada le acompañaba durante todo el día. Tenía la necesidad de coger un puñado de arena y sentir cómo los finísimos granos se deslizaban entre sus dedos. Había encontrado el reflejo de sus ojos en el mar y ahora éstos parecían todavía más azules. Esperaba con ansiedad la llegada de la tarde para poder volver a la playa. Todo esto le demostró que era cierto, por primera vez desde hacía muchos años le había tomado cariño a algo. Pero eso no le gustaba.

No. Definitivamente eso no le gustaba y tendría que arreglarlo. Su solitaria vida no podía verse afectada por unos granos de arena y un poco de agua. Lo pensó cuidadosamente, con tranquilidad. Consideró los pros y los contras y buscó con ahínco una solución. A los dos días decidió el remedio: no volvería a esa playa jamás. No podía permitir que nada interfiriese en su camino. El era independiente.

Aceptó el primer traslado que le ofrecieron en su empresa. Prefería estar lejos de todo esto. En el fondo se sentía culpable por haberse dejado engañar, por haber permitido que sus sentimientos interfiriesen para algo en su vida. Sería mucho mejor si se alejaba.

Pasó el tiempo. Un hombre solitario y serio caminaba diariamente hacia su oficina. No solía hablar con nadie. Siempre parecía tranquilo, pero sus azules ojos eran como un mar en tempestad.

Había conseguido su propósito. Nada ni nadie habían interferido su camino. Pero no se sentía bien, le faltaba algo.

Razones de trabajo, como siempre, siempre eran razones de trabajo. Había regresado a su ciudad natal.

Todo seguía igual, su antigua casa, la oficina, las calles por las que solía pasear. Se preguntó si la playa también sería la misma, pero decidió no ir. No quería volver allí. Había conseguido dominarse durante muchos años y no volvería a dejar que sus sentimientos venciesen.

Corría un aire fresco. Recorrió las mismas calles por las que había caminado mucho tiempo antes. Recordaba cada piedra, cada rincón. Su corazón se ablandaba con el recuerdo. La muralla que había construido comenzaba a caer.

Una bocacalle. Veía el mar al fondo. No podía ir, tenía que dominarse. Sentía una lucha dentro de él. Su vida pasó por su mente en un momento. Se vio a sí mismo como un hombre solitario. Jamás había expresado a nadie sus pensamientos.

Oyó la llamada. Realmente la oyó. Un grito claro y fuerte que iba dirigido a él. Y tuvo que escucharla, no pudo hacer nada para evitarlo.

Su muro cayó, se desmoronó. Las piedras rodaron por el suelo con gran estrépito. Había perdido la batalla, o quizás la había ganado. Habían vencido sus sentimientos.

La brisa marina le rozaba suavemente, le daba la bienvenida, le invadía con su frescura. Las olas rompían contra las rocas deshaciéndose en blanca espuma. Dos gaviotas jugaban en el cielo, canturreando una canción: por fin, por fin, por fin.